



Falocentrismo y masculinidad tóxica en los tiempos actuales

Sergio Lewkowicz

Me gustaría agradecerles a los organizadores y a la COWAP por la oportunidad de participar en esta mesa tan actual y con queridas colegas.

Pienso que los escenarios masculinos y femeninos en la cultura occidental están profundamente fundados en una estructura muy antigua, con varios siglos de duración: el patriarcado, un tema que me ha interesado estudiar los últimos años.

Al mismo tiempo que viene sucediendo la caída del patriarcado a través de nuestra historia reciente tanto en la sociedad como en la familia e inclusive en el setting analítico, su persistencia llama la atención y parece que hay un refuerzo de esta estructura en los tiempos actuales, como se puede ver en las características de los políticos que están siendo elegidos en Brasil y el resto del mundo. Lo que es muy preocupante, pues esto está implicando en un aumento de la violencia contra la mujer y contra los más vulnerables.

Esta estructura patriarcal divide a los seres humanos en dos categorías: masculino y femenino, privilegiando lo masculino y creando un binarismo que no admite otras variaciones. Además, crea una categoría superior de hombre con relación a los otros hombres, los blancos, pero siempre poniendo a todos los hombres como superiores a las mujeres. Estamos inmersos en una cultura falocéntrica.

Este sistema está constituido por una complejidad de fenómenos sociales, económicos, políticos y psicológicos entre otros. Trataré de detenerme en los aspectos psicológicos, particularmente en los roles inconscientes atribuidos a cada género.

El patriarcado incluye una serie de leyes y códigos predominantemente inconscientes, llevando las reglas de cómo los hombres y las mujeres deben comportarse y que parece natural a todos.

Estos códigos son transmitidos de generación a generación a través de una compleja trama de los enlaces sociales, involucrando la cultura, lo social y la familia a través de varios fenómenos conocidos en las teorizaciones psicoanalíticas como la constitución del superyó según Freud pensaba, los mensajes enigmáticos de Laplanche, la transmisión transgeneracional, etc. y, posiblemente por factores aún desconocidos por nosotros.

A partir de la década de 1980 surgieron varios estudios en Estados Unidos, principalmente en los departamentos de psicología de las Universidades americanas buscando identificar estos códigos de conducta. Inicialmente acompañando el funcionamiento de los muchachos y más tarde observando



también las muchachas. Estos estudios, aunque se refieran a la cultura americana, parecen mostrar aspectos en común con nuestra realidad en Brasil.

Me detendré sólo en las principales conclusiones: hasta cerca de los 4 años de edad, el desarrollo de los niños y niñas es muy semejante, con una gran empatía entre ellos. Entre los 4 y los 7 años de edad, los niños empiezan a perder la empatía con relación a los otros, a pensar más individualmente, a bloquear las emociones (hombre no llora), emociones que se acorazan, y a buscar una virilidad para poder ser aceptados por los otros niños y a evitar su necesidad por los demás.

Las niñas, en cambio, entre 7 y 17 años, especialmente entre 12 y 17 años, son estimuladas a desarrollar el cuidado, pueden expresar sus emociones que son consideradas femeninas, pero deben ser discretas y estarse quietas. Así, el pensamiento y la razón disociados de las emociones son reservados a los hombres y las emociones son reservadas para mujeres.

La exageración en esa virilidad y el bloqueo de los sentimientos afectivos pueden llevar los muchachos hacia una masculinidad tóxica.

Masculinidad Tóxica

Este término pasó a ser utilizado con más frecuencia a partir del 2018, tanto que el diccionario Oxford cogitó en inscribirlo como la “expresión” del año, pero terminó desistiendo y eligió solamente la palabra: tóxico.

Pienso que la masculinidad tóxica está muy cerca de lo que entendemos por “machismo”, pero este último es un término saturado, desgastado y a menudo atribuido a los “latinos”, así que me parece más adecuado utilizar la expresión masculinidad tóxica cuando nos referimos a una masculinidad estereotipada, marcada por violencia, exageración en la sexualidad, status y poder que se manifiestan a través de violaciones de mujeres y niños, homofobia, transfobia, misoginia y racismo.

La exageración de la masculinidad puede verse como garantía de una identidad masculina fuerte, binaria y una defensa contra la ansiedad de castración (Tylim, 2019). Además, funciona como una solución perversa para las ambigüedades y la fluidez características de la diferencia entre los sexos y la bisexualidad humana. Como destacado por Tylim (2019) la cultura héteronormativa refuerza las dicotomías macho/hembra; activo/pasivo; maestro/esclavo encontrando explicaciones pseudocientíficas, tales como: esto forma parte de la naturaleza física de los hombres, la reproducción es fundamental para perpetuar la especie, etc., llevando hacia un refuerzo de la heterosexualidad.



Zavitzianos, citado por Tylim (2019), cuñó el término homeovestismo, el que la persona se viste con ropas marcantes de su propio sexo como refuerzo para su identidad sexual. Esta manera de funcionar parece estar reforzada por nuestra cultura patriarcal y resulta en un comportamiento masculino tóxico de dominación, colonización, objetificación y opresión de las mujeres. Las redes sociales contemporáneas, muchas veces, aumentan esa toxicidad.

En oposición a éstos, encontramos, por ejemplo, al “hombre vagina” descrito por Limentani (1993), el hombre heterosexual que tolera relacionarse con mujeres fuertes y lo “vaginal masculino” relatado por Hansbury (2017), que sería la fantasía de poseer una vagina que es frecuente en los hombres *queer*.

Los hombres que logran reconocer su femineidad y aceptan su masculinidad con toda su complejidad y fluidez son considerados hombres de segunda clase, débiles y dominados por las mujeres en esta cultura de la masculinidad tóxica. Por cierto, son hombres responsables que tienen su bisexualidad más equilibrada y que se relacionan bien con sus aspectos femeninos.

El aumento del suicidio entre los jóvenes y los hombres también parece estar relacionado a la sensación del fracaso por no lograren ser un “hombre de verdad” con toda la virilidad y la fuerza de la masculinidad tóxica. Otro aspecto relacionado a la masculinidad tóxica es el silenciamiento de las mujeres.

La historia de las mujeres es una historia de silenciamiento; mujeres que no se callaban eran consideradas tomadas por el diablo y quemadas. Las voces femeninas que osaron manifestarse son consideradas histéricas, perturbadas, estúpidas y mucho más.

Hasta el Siglo XIX, las mujeres no podían hablar en público, no podían votar y, en algunos lugares, perdían el derecho a su patrimonio al casarse.

Un ejemplo reciente que quiero traerles para mostrar como eso se mantiene es lo que se llama zoombombing, la invasión de eventos virtuales para interrumpirlos con insultos y/ o pornografía. Un tipo de este zoombombing que se ha tornado frecuente es el ataque a reuniones de mujeres, particularmente con expresión política. La estrategia es justamente el silenciamiento de las mujeres. En un gran evento latinoamericano “La política es cosa de mujer”, hubo una gran invasión, en la cual los hombres se quedaron con los micrófonos abiertos gritando y no dejaban a las mujeres hablar. Este silenciamiento está siendo llamado violencia política de género.

El silencio de las mujeres es muy fuerte, tanto que todavía son raros los casos de denuncia de acoso y de violación y solamente a través de los colectivos de mujeres como el #me too y “mexeu com uma mexeu com todas”, (un equivalente a “ni una menos”) - fue que las denuncias aumentaron y las



puniciones también. En EE.UU., de los 125.000 casos de violación registrados, el 98 % de los casos el agresor no ha sido punido. Los policías no les creen a las mujeres y no prosiguen con las investigaciones. Hay que recordar que la policía y el ejército son instituciones patriarcales con una gran mayoría masculina y que utilizan la violencia legitimada.

Quiero destacar, sin embargo, un tipo de silenciamiento en los escenarios femeninos: el silenciamiento de la sexualidad femenina, particularmente el silenciamiento del clítoris.

El clítoris parece ser el único órgano del cuerpo humano destinado exclusivamente al placer. Cuenta con cerca de 8.000 terminaciones nerviosas, el doble de las terminaciones nerviosas que se encuentran en la glándula del pene. Es un órgano grande, cerca de 10 cm, constituido por una cabeza, un cuerpo y cuatro anclajes que se profundizan por la pelvis.

Con relación al psicoanálisis, Freud logró escuchar la sexualidad de las mujeres a través de sus pacientes histéricas, pero al mismo tiempo silenció al clítoris considerando el placer del clítoris como sexualidad femenina inmadura, siendo el orgasmo vaginal el más maduro. Melanie Klein, a su vez, ya consideró la especificidad del desarrollo de las niñas, atribuyéndole una especificidad a la vagina como un órgano propio y no como una falta de pene. Sin embargo, la desvalorización del clítoris se mantuvo varias décadas hasta que los estudios de Masters y Johnson, entre otros, mostraron cómo el clítoris estaba involucrado en el orgasmo femenino. El famoso punto G de las mujeres era el que el tejido del clítoris se extiende hacia el interior de la vagina.

Se nota claramente cómo nuestra cultura aún está impregnada por el patriarcado y por la dominación masculina. Aunque exista una tendencia del psicoanálisis y de la cultura actuales hacia una apertura con relación a la diversidad sexual, todavía es muy fuerte el intento de patologizar las presentaciones de la sexualidad que escapan al binarismo y a la heteronormatividad por parte de muchos analistas, justificándose en las teorías sexuales freudianas.

Además, gran parte del mundo contemporáneo parece estar dando marcha atrás y buscando reforzar el patriarcado y la opresión a las mujeres y a la población LGBT+. Las mismas democracias están amenazadas.

En este sentido es muy importante que, como psicoanalistas, podamos plantearnos ese fenómeno, tanto en nuestras teorías psicoanalíticas como en la comunidad.

Me gustaría concluir con la canción de un compositor brasileño, Gilberto Gil, que con pocas palabras toca en la complejidad y fluidez de la masculinidad:



FRONTERAS
33º CONGRESO
LATINOAMERICANO
DE PSICOANALISIS

PRIMER CONGRESO
VIRTUAL FEPAL 2020

OCTUBRE
2020



Superhombre

Un día

*Viví la ilusión de que ser hombre bastaría
Que el mundo masculino todo me daría
Lo que yo quisiera tener*

Pero, nada

*Mi porción de mujer que hasta entonces se resguardara
Es la porción mejor que traigo en mí ahora
Es lo que me hace vivir*

Quién me diera

*Pudieran todos los hombre comprender, oh, madre, quien me diera
Ser el verano la cumbre de la primavera
Y sólo por ella ser*

Quién sabe

*El Superhombre nos restituirá la gloria
Cambiando como un dios el curso de la historia
A causa de la mujer*